

El progreso del Peregrino (XXVII)

Continuación

más que vosotros), me vuelvo a mi casa, y trataré de consolarme con las cosas que en aquel entonces rechacé por la esperanza de lo que ahora creo que no existe.

CRISTIANO - (Dirigiéndose a Esperanza.)— ¿Será verdad lo que este hombre dice?

ESPERANZA - Mucho cuidado; este es otro adúlador; acuérdate de lo que ya una vez nos ha costado el prestar oído a tal clase de hombres. Pues que, ¿no hay ningún monte Sión? ¿No hemos visto desde las montañas de Delicias la puerta de la ciudad? Además, ¿no hemos de andar por la fe? (2 Cor 5:7) Vamos, vamos, no sea que nos venga otra vez el del látigo. No olvidemos aquella importante lección, que tú debieras recordar: "Cesa, hijo mío, de oír la enseñanza que induce a divagar de las razones de sabiduría" (Pr 19:27). Deja de escucharla, y creamos para la salvación de nuestras almas (He 10:39).

CRISTIANO - Hermano mío, no te propuse la cuestión porque dudara de la verdad de nuestra creencia, sino para probarte y sacar de ti una prenda de la sinceridad de tu corazón. En cuanto a este hombre, bien sé yo que está cegado por el dios de este siglo. Sigamos tú y yo, sabiendo que tenemos la creencia de la verdad, en la cual ninguna mentira tiene parte (1 Jn 2:21).

ESPERANZA - Ahora me regocijo en la esperanza de la gloria de Dios.

Y se retiraron de aquel hombre, y él, riéndose de ellos, prosiguió su camino.

Entonces vi en mi sueño que siguieron hasta llegar a cierto país, cuyo ambiente naturalmente hace soñolientos a los extranjeros. Esperanza empezó, en efecto, a ponerse muy pesado y con mucho sueño, por lo cual dijo:

ESPERANZA - Voy teniendo tanto sueño que apenas puedo tener abiertos más los ojos; echémonos aquí un poco, y durmamos.

CRISTIANO - De ninguna manera; no sea que si nos dormimos no volvamos a despertar.

ESPERANZA - ¿Y por qué? Hermano mío, el sueño es dulce al trabajador; si dormimos un poco nos levantaremos descansados.

CRISTIANO - ¿No te acuerdas que uno de los Pastores nos mandó cuidarnos de Tierra-encantada? Con eso quiso decirnos que nos guardásemos de dormir. Por tanto, no durmamos como los demás; antes velemos y seamos sobrios (1 Tes 5:6).

ESPERANZA - Reconozco mi error, y si hubiera estado aquí solo, hubiera corrido peligro de muerte, y veo que es verdad lo que dice el Sabio: "Mejores son dos que uno" (Ec 4:9). Hasta aquí tu compañía ha sido un bien para mí, y ya tendrás una buena recompensa por tu trabajo.

CRISTIANO - Para guardarnos, pues, de dormirar en este lugar, empecemos un buen discurso.

ESPERANZA - Con todo mi corazón.

CRISTIANO - ¿Por dónde empezaremos?

ESPERANZA - Por donde empezó Dios con nosotros; pero ten tú la bondad de dar principio.

CRISTIANO - Voy, pues, a hacerte una pregunta: ¿Cómo pasaste a pensar en hacer lo que estás haciendo ahora?

ESPERANZA - ¿Quieres decir que cómo llegué a pensar en ocuparme del bien de mi alma?

CRISTIANO - Sí, ese es mi sentido.

ESPERANZA - Hacía ya mucho tiempo que yo me deleitaba del goce de las cosas que se veían y vendían en nuestra en nuestra feria. Cosas que, según creo ahora, me hubieran sumido en la perdición y destrucción a haber seguido practicándolas.

CRISTIANO - ¿Qué cosas eran?

ESPERANZA - Pues eran los tesoros y riquezas de este mundo. También me gozaba mucho en el bullicio, la embriaguez, la maledicencia, la mentira, la lujuria, la infracción del día del Señor y qué sé yo cuántas cosas más, que todas tendían a la destrucción de mi alma. Pero, por fin, oyendo y

La Senda de los Muertos



1. Ahora Cristiano recordó a Poca Fe, un buen hombre del pueblo de Sinceridad, quien, en su peregrinación, llegó a un camino que se llama la Senda de los Muertos (por los asesinatos que ocurrieron allí) se sentó y se durmió.



2. El buen hombre estaba por levantarse para seguir su camino cuando tres pícaros tenaces, Cobardía, Desconfianza, y Culpa, llegaron corriendo.



3. Amenazándolo le dijeron que se parase. Estaba muy pálido. Cobardía le dijo: "¡Entrega tu bolsa!" Pero no se dio prisa.



4. Entonces Desconfianza le metió la mano en el bolsillo y le sacó una talega de dinero. Poca Fe gritó: "¡Ladrones!"



5. Con esto Culpa le dio un golpe en la cabeza con un garrote de tal manera que lo derribó al suelo.



6. Los ladrones, oyendo pasos por el camino, se escaparon, y poco después Poca Fe logró levantarse y seguir su camino.

El Campeón del Rey



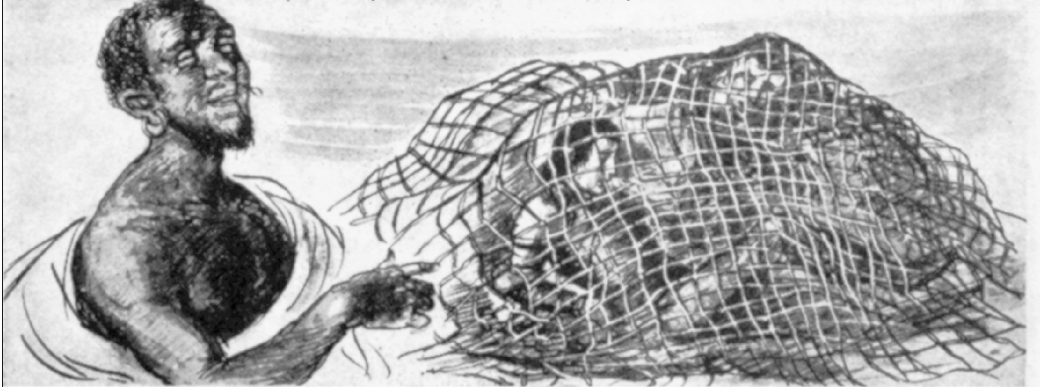
1. "Estos tres pícaros se me acercaron a mí una vez," continuó Cristiano. "Pero, gracias a Dios, yo llevaba puesta mi armadura. Pensaron que yo era Gran Gracia, el campeón del Rey, y huyeron."



2. Ahora llegaron a un punto donde se unían dos caminos y no sabían cuál seguir.



3. Un hombre cubierto de un vestido muy blanco se acercó a ellos y les dijo: "Seguidme, yo voy a la Ciudad Celestial." Le siguieron, pero pronto el camino los desvió que hasta daban las espaldas a la ciudad.



4. Sin embargo seguían al hombre y antes de darse cuenta, se vieron envueltos en una red, de la cual no sabían cómo salir. En esto el vestido blanco cayó de la espalda del hombre. Ellos se dieron cuenta de donde estaban, y allí se quedaron algún tiempo lamentándose pues no podían salir. Y Cristiano preguntó. "¿No nos habían amonestado los pastores?"

considerando las cosas divinas que oí de tu boca y de nuestro querido Fiel, muerto por su fe y buena vida en la feria de Vanidad, hallé que el fin de estas cosas es muerte (Ro 6:21-23). Y que por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia (Ef 5:6).

CRISTIANO - ¿Y caíste desde luego bajo el poder de esa convicción?

ESPERANZA - No, no quise desde luego reconocer la maldad del pecado ni la condenación que le sigue; antes procuré, cuando mi mente empezaba a estar conmovida con la palabra, cerrar mis ojos a su luz.

CRISTIANO - ¿Pero por qué así resistías a los primeros esfuerzos del Espíritu bendito de Dios?

ESPERANZA - Las causas fueron: 1º no sabía que aquella era la obra de Dios en mí. Nunca pensé que era la convicción de pecado por donde Dios empieza la conversión de un pecador; 2º todavía era muy dulce el pecado a mi carne, y sentía mucho tener que abandonarlo; 3º no acerté a despedirme de mis antiguos compañeros, cuya presencia y acciones me eran tan gustosas; 4º eran tan molestas y terroríficas las horas en que sufría por estas convicciones, que mi corazón no podía soportar ni aun su recuerdo.

CRISTIANO - ¿Es decir, que algunas veces te pudiste desembarazar de tu molestia?

ESPERANZA - Ciertamente, pero nunca no del todo; así que volvía otra vez a estar tan mal y peor que antes.

CRISTIANO - ¿Qué era lo que te traía una y otra vez los pecados a la memoria?

ESPERANZA - Muchas cosas: por ejemplo, el encontrar simplemente a un hombre bueno en la calle; el oír alguna lectura de la Biblia; el simple tener un dolor de cabeza; el que algún vecino estaba enfermo o el oír tocar la campana a muerto; el mismo pensamiento de la muerte; el oír referir o presenciar una muerte repentina; pero, sobre todo, el pensar en mi propio estado y que muy pronto iba a comparecer a juicio.

CRISTIANO - ¿Y pudiste alguna vez sentir alivio del peso de tu pecado, cuando de alguno de estos modos se te hacía presente?

ESPERANZA - Al contrario, entonces tomaba más firme posesión de mi conciencia, y el solo pensar en volver al pecado (aunque mi corazón estaba vuelto contra él) era doble tormento para mí.

CRISTIANO - ¿Y cómo te arreglabas para ello?

ESPERANZA - Pensaba en que debía hacer esfuerzos para enmendar mi vida, porque de otra manera era segura mi condenación.

CRISTIANO - ¿Y lo hiciste?

ESPERANZA - Sí, y rehuía no sólo de mis pecados, sino también de mis compañeros de pecado, y me ocupaba en pláticas religiosas, como orar, leer, llorar por mis pecados, hablar la verdad a mis vecinos, etc. Tales cosas hacía y muchas más que sería prolijo y difícil enumerar.

CRISTIANO - ¿Y te creías ya bueno con eso?

ESPERANZA - Sí, por un poco de tiempo; más muy pronto volvía a abrumarme mi aflicción, y eso a pesar de todas las reformas.

CRISTIANO - Pero ¿cómo así, estando reformado?

ESPERANZA - Varias eran las causas para ello. Yo recordaba palabras como estas: "todas nuestras justicias son y trapo de inmundicia" (Is 64:6); "por las obras de la ley, ninguna una carne será justificada" (Gá 2:16); "cuando hubiereis hecho todas estas cosas decid: siervos inútiles somos" (Lc 17:10), otras muchas por este estilo. Tales palabras me hacían andar así: Si todas mis justicias son trapos de inmundicia; si por las obras de la ley nadie puede ser justificado y si cuando lo hayamos hecho todo, aún somos inútiles es necedad pensar en llegar al cielo por la ley. Además, discurrí así: Si un hombre adquirió una deuda de mil pesos con un comerciante, aunque después pague al contado todo lo que lleve, sin embargo, su antigua deuda queda en pie y sin borrar en el libro, y cualquier día el comerciante podrá perseguirle por ella y echarle a la cárcel hasta que la pague.

Continuará